

menos, dijo, pudiera esperar que hallases una familia á propósito, segura, digna, que supiese apreciar el tesoro de que me privaría!

—Con el auxilio de Dios, hallaré más y mejor de lo que pudiérais desearme, sin que me falte amor ni compasión.

—Hija mía, repuso el pobre padre desconfiado, tú no conoces aún el mundo: si tuviéramos nuestro palacio y nuestras rentas, al más leve dolor de cabeza nos ahogarían con halagos: sabrás cuán amargo es el pan ajeno.

—Con todo, creo haber hallado ya casi un pan tolerable.

—¡Pues qué! ¿Te ha contestado la señora inglesa? ¿Te hace alguna proposición? ¿Por qué no me lo decías antes?

Julia sacó la carta de mistress Needle, y dióselas. Al infeliz conde le cayeron las lágrimas leyéndola. Se la devolvió diciendo:—Desvanece todas mis dudas. Es una providencia para nosotros y quizás también para ellas: yo te bendigo.

VIII.

UNA HISTORIA DE LÁGRIMAS.

Logrado el consentimiento de su padre, Julia volvió á escribir á su bienhechora, manifestándola sus sentimientos de gratitud, y diciéndola que prefería dirigirse incontinentemente á Inglaterra, atendida la muy feliz ocasión que se le presentaba de una familia escocesa que, volviendo á su patria uno de aquellos días, acompañaría hasta Newcastle, cerca del Parque verde. Calló por decoro las demás razones: esto es, que las estrecheces iban siendo tan extraordinarias en casa del conde de los Laureles, que no debía perder ni la más pequeña ganancia, y que por añadidura su padre no

tendría precisión de acompañarla, ni de que su semblante se pusiera rojo entregando su hija á la *señora*. No duraron mucho los aprestos del viaje. El más fatigoso fué sin duda encajonar diligentemente la librería y la colección de historia natural que había Julia salvado del naufragio. Quería dejarlas bien arregladas, esperando hacerlas ir después á Inglaterra, y servirse de ellas en su nueva condición, cuando pudiese. De su ropa blanca escogió la más precisa, y de sus vestidos los menos lujosos. Para el viaje eligió un abrigo obscuro sobre un vestido de lana de color de bronce: en la cabeza un sombrero de paja que tenía un velo ancho y fijo, de color pardo: parecía una camarera inglesa en traje de campo.

No bien llegó al suelo de Inglaterra, con la guía de los horarios de los caminos de hierro en la mano, pudo avisar por telégrafo á mistress Needle la hora de su arribo á la próxima estación al Parque verde. Llegó allí completamente sola, porque los señores escoceses la habían acompañado no más hasta Newcastle. Completamente sola también, la señora Needle, aguardábala bajo el pórtico de la entrada. El primer recibimiento fué arrojarse recíproca-

mente los brazos al cuello, exclamando la una:—¡Oh Julia!—Y la otra:—¡Oh señora Ana!—Y sin decirle más, haciendo que los criados tomaran elequipaje de la forastera, mistress Ana hizo subir en el coche á su amiga, y sentóse á su lado. Tenían ambas una multitud de preguntas que hacerse y de cosas que decirse.

—Querida Julia, comenzó la Needle, pasándole un brazo por el cuello: aquí estás con tu madre; habla, desahógate y deposita tus penas en mi pecho.

Julia:—Cuando la he distinguido en la puerta de la estación. me ha parecido ver la primera estrella después de la tempestad.

—Quisiera que mi casa te pareciese el puerto..Pero estás abatida, fatigada, y tienes necesidad de reposo: apenas lleguemos...

—Apenas lleguemos, dejará que abrace á sus niñas. ¿Cómo están? ¿Y su hermano?

—Están todos, poco más ó menos, según costumbre. Pero mis hijas no saben aún nada de tu arribo: si lo supieran, no te dejarían hoy tranquilamente. Descansarás, y después. . .

—¡Qué! No hará nada que descanse mejor como permanecer un rato con vos y con ellas. ¡Si supiese cómo se rehace mi cora-

zon cuando me veo delante de alguno que me quiere bien...! ¡Después de tantos engaños...!

—¡Pobre Julia! dijo Ana toda enternecida. Haremos lo que deseas: verás á Clara y á Clemencia. John continúa en el colegio. ¡Qué fiestas te harán! Después hablaremos muy reposadamente: nos quedará tiempo; ahora no te quiero fatigar. Me lo has de referir todo.

—Es una historia de lágrimas sin fin. No creía que se pudiese sufrir tanto sobre la tierra.—

Entre estas palabras y otras sobre la salud y el viaje, llegaba el coche delante de la muralla del castillo. Julia se vió acogida como una señora de distinción. Fueron llamadas las señoritas, que á la inesperada aparición, arrojáronse á sus brazos festejándala con multitud de ingenuas caricias y de felicitaciones. Mas su madre, despidiéndolas prontamente, quiso de todas maneras que se fuese á su habitación, preparada de antemano, y que descansase un poco. Esperábala allí una camarera con el objeto de recibir sus órdenes. Despidióla Julia; ante todo cayó de rodillas al pie de la ventana, y buscando el cielo con sus ojos, bendijo al Señor, que

después de tantos dolores, le mostraba finalmente una sonrisa de paz; rogóle con ardiente plegaria que fuese provechosa su estancia en aquella mansión, tan piadosa para sus desventuras, á pesar de ser anticatólica. Después, arreglándose del mejor modo que pudo sus vestidos, y poniéndose como de casa, manifestó deseos de presentarse á la señora: le tardaba ponerse de acuerdo con ella, y regular desde luego la marcha del empleo flamante. Mas la señora no bien la vió, fué corriendo á encontrarla, y abrazóla nuevamente, diciéndola: —¿Por qué tan presto? ¿Por qué no tomar alguna hora de descanso?

—No puede creer, respondió Julia, cómo me siento confortada por sus muchas bondades y por el recibimiento de sus hijas.

—Mucho me place; quisiera darte más y mejor. Pero siéntate; aquí estamos solas (y cerró la puerta). Cuéntame todo lo que ha pasado. Héte dicho ya que te haré de madre: los asuntos dejémoslos para mañana. Ahora vamos, habla, dímelo todo.—

Lo que Ana pedía por benevolencia, requeríalo el corazón de Julia por necesidad no habiendo hasta entonces encontrado una amiga con quien desahogar completamente sus penas. ¡Pobre Julia! Aunque

apenas llegaba á los diez y nueve años, había gustado todo lo que hay en el mundo de más acerbo para una doncella. Tanto más amargo era para ella el insulto de la fortuna contraria, cuanto la próspera le había hecho sentir profusamente sus blanduras. Hasta los últimos años, en las relaciones sociales veíase circundada por una perpetua sonrisa; en la intimidad del hogar doméstico, acogióla una blandísima cuna de plumas en la infancia y en la adolescencia. Su padre, si bien pasó á segundas nupcias cuando tenía poco más de tres años, había seguido mirándola como la pupila de sus ojos, á causa de las innumerables dotes de que la joven mostrábase adornada: la propia madrastra parecía estar enamorada de ella, á lo menos hasta los últimos años.

Cuando llegó á la edad en que la viveza de las inclinaciones se manifiesta por la vez primera, y se cambia en pasiones de cuando en cuando, Julia no parecía dar señales de vida sino por sus ardientes deseos de aprender. Procuraba reunir sin excepcion los adornos de una joven gentil; como tenía mucho y penetrante ingenio, no se contentó con el baile, con la música, con el dibujo, y con el bordado, á que se dedi-

caba por pasatiempo consagrándose además al estudio de la literatura y de la historia. Poesía el idioma materno perfectamente, y rimaba con aquella facilidad grande, propia de la mujer culta; hablaba expeditamente el francés y el inglés: En los idiomas de los doctos no se propuso ahondar mucho; pero comprendía el latín muy bien; su ejercicio predilecto era saborear el Evangelio y la Imitacion de Jesucristo: aquél en la Vulgata y ésta en una edicion poliglota. Intentó asimismo aprender el griego: sólo que, desalentada por la dificultad de los principios, se contentó con leerlo correctamente.—Esto me basta, se dijo, para buscar en el diccionario la etimología de los nombres de las plantas y de las mariposas.

Decía esto Julia, porque de muy atrás partía su afición á la historia natural: había venido á ser, por decirlo así, toda yerbas y flores, toda minerales, toda insectos y conchitas. Fatigaba mucho á la que iba con ella, yendo por todos los alrededores de Nápoles y de su marina, en busca de objetos que estudiar y de peces naturales que adquirir. No le parecía bastante reunir cuatro nombres de que acordarse con vanidad en la conversación; no se conten-

tó mientras su padre no le hubo dado profesores, libros, y lo necesario para el estudio; por lo cual, poco después se formó paulatinamente bellas colecciones, que tenía más ordenadas y dispuestas que las joyas en su estuche. De las curiosidades del Vesubio poseía muy abundante provisión, conteniendo cerca de cuarenta especies de minerales; de la flora, de coleópteros y de lepidópteros (1) napolitanos tenía en abundancia, y traficaba, cambiando principalmente con los extranjeros; ganábase de las amigas el sobrenombre de Julia Flora ó de Julia de las Mariposas.

Su padre y los amigos de la casa se disputaban el gusto de satisfacer con ahineo su noble pasión, en que pasaba dulcemente los días, buscando pocas diversiones más, aunque sus iguales desearan é hiciesen lo posible para ir en su compañía. Ocho años ó diez transcurridos así, enriqueciendo su mente y cultivando sus propias inclinaciones de joven bien nacida, habían dado á Julia un carácter sério y tranquilo, que no le permitía malgastar el tiempo en vanida-

[1] Flora es el nombre de una planta. Los coleópteros constituyen un orden numeroso de insectos, formado por Linneo, y admitido por todos los naturalistas. Los lepidópteros forman otro orden que comprende todos los animales articulados que presentan ciertos caracteres. (Nota del traductor).

des y coqueterías. Cuando la ocasión y las personas que iban con ella la invitaban, hacer sabía guirnaldas con todas sus hojas, y brillar sin altivez en su verdadero esplendor.

De aquí comenzaron á salir para Julia las primeras espinas. Porque en las fiestas de la casa, y en las reuniones agradables, atraía Julia los ojos y los obsequios de todas las personas, mucho más que la condesa de los Laureles, su madrastra. Por añadidura, el padre manifiestamente la quería mucho más que á los hijos de su segundo amor; deseaba que fuera siempre con él á las tertulias, no sufría que la contradijeran en nada, y no pocas veces tomaba el parecer de Julia: semillas todas de amargura en el corazón débil de la condesa. Las caricias y las maternales solicitudes que profusamente le mostrara en los años anteriores, eran de día en día más raras: algunas medias frases, algunas indicaciones, algunos actos espontáneos mal reprimidos, revelaban á Julia que había decaído del corazón de la esposa de su padre: por precisa correlación, tomaba el trato de la joven apariencias de sospechoso y desagradable, sumamente contrarias á su carácter franco y amoroso. Además, los